

LIBROS

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO (2016). *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*. Madrid: Catarata, 192 págs.

Siria. La revolución rota

Seis años después del estallido de la guerra civil, Siria se ha convertido en el epicentro del intrincado laberinto que colapsa Oriente Medio y convulsiona gran parte del mundo árabe. Lo que empezó siendo una revuelta ciudadana en demanda de derechos civiles y democráticos, enmarcada en la denominada Primavera Árabe, ha terminado deslizándose hacia un conflicto multilateral con implicaciones regionales e internacionales de alcance.

Sobre el terreno, combaten decenas de grupos armados que obedecen a coordenadas cruzadas. En primer lugar, la que enfrenta al régimen autoritario de Damasco con la oposición democrática nucleada en torno al Ejército Libre de Siria, que ha ido perdiendo influencia paulatinamente ante el empuje de las facciones islamistas, algunas de ellas patrocinadas por las petromonarquías, singularmente Arabia Saudí y Qatar.

En segundo lugar, el eje sobre el que se incardina la pugna regional que libran desde hace décadas las dos teocracias de Oriente Medio, Irán y Arabia Saudí, por el control de un área clave del mundo que hoy se encuentra en llamas. Ambas potencias regionales, que representan las dos corrientes mayoritarias del islam, la chía y la sunna, mueven sus peones también en el tablero sirio. Irán es el principal valedor desde hace décadas del mandatario Bachar el Assad, miembro de la facción alauí, emparentada con la chía; mientras que Arabia Saudí financia diversos grupos islamistas para impedir que el régimen de Damasco se consolide.

Todas estas piezas son ordenadas con eficacia y claridad por Ignacio Álvarez-Ossorio, profesor de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante y coordinador de Oriente Medio y Norte de África de la Fundación Alternativas. El reto es de enorme complejidad por lo enrevesado del puzzle y la intervención de múltiple de factores religiosos, políticos, étnicos, culturales y hasta económicos que actúan sobre el conflicto. Álvarez-Ossorio sale airoso del empeño. Su libro es una guía útil para iniciados y clarificadora para el lector no especializado en la materia.

El trabajo se propone un recorrido cronológico de los acontecimientos. Describe con precisión y datos contrastados la dictadura baazista vigente desde 1970 y la consecuente vulneración sistemática de derechos humanos, que encuentran en el terremoto democrático de la Primavera Árabe la ventana de oportunidad para las reclamaciones ciudadanas. Ossorio se apoya en informes solventes de organizaciones humanitarias y en fuentes directas derivadas de entrevistas personales en la zona.

Con el estallido de las revueltas populares, la represión se intensificó gravemente. La Red Siria de Derechos Humanos cifra en 117 000 los detenidos por las fuerzas de seguridad estatales durante los primeros cinco años del conflicto civil, según recoge puntualmente el autor. Amnistía Internacional sitúa en 300 las muertes mensuales de opositores bajo tortura en los centros de detención, lo que

proporciona una idea de la magnitud del horror desatado por el régimen contra su población. Las desapariciones forzosas superan registros sin precedentes. Hasta 75 000 personas se encuentran en paradero desconocido, previsiblemente en dependencias gubernamentales o directamente asesinadas. Un reciente informe de Amnistía Internacional, difundido meses después de que el trabajo del profesor Álvarez-Ossorio hubiera visto la luz, documenta la espeluznante ejecución extrajudicial de 13 000 sirios en la cárcel de Saidnaya, cerca de Damasco. El relato es aterrador. Describe con detalle y apoyado en 84 testigos contrastados el funcionamiento de una maquinaria de exterminio sistemático e inhumano.

Desde ese punto de vista, el experto arabista teje su texto desde el rigor y una mirada prudentemente distante sobre una guerra dramática que se presta al alineamiento político y las banderías. El régimen de Damasco, sostiene Álvarez-Ossorio, tiene una evidente responsabilidad en la deriva violenta de los acontecimientos. En lugar de encauzar las protestas cívicas a través de márgenes democráticos, con la subsiguiente apertura política del sistema autoritario, precipitó una respuesta militar de mano dura con la deliberada intención de arrancar de raíz cualquier solución negociada. De alguna manera, interpreta el autor, Al Assad buscó la radicalización del conflicto para laminar a la oposición pacífica y democrática, y alentar a los grupos islamistas violentos.

Con esta estrategia, el régimen pretendía presentarse ante la opinión pública internacional como el único actor capaz de frenar el ascenso amenazante de Daesh desde posiciones laicas. La maniobra, tras seis años de encarnizada guerra fratricida, se ha revelado en gran medida eficaz para sus intereses y la supervivencia de su Gobierno. La evolución de los acontecimientos, sobre todo tras el asalto de Alepo, segunda ciudad del país y baluarte de los rebeldes, así lo evidencia.

Lo cierto es que la resistencia laica ha ido perdiendo pujanza sobre el terreno de forma paulatina en beneficio de los grupos islámicos armados, la mayor parte de ellos generosamente financiados por los países del Golfo. La comunidad internacional, singularmente Estados Unidos, aunque también Europa, no se atrevió a suministrar armamento pesado a la oposición civil por desconfianza y temor a que pudiera acabar en poder de las milicias fundamentalistas. Las despiadadas imágenes de ejecuciones públicas y los atentados indiscriminados en suelo europeo alimentaron la convicción internacional de que el enemigo a batir era el Califato de Daesh mientras que Bashar al Assad se reducía a un simple mal menor.

Esa era la ecuación que interesaba a Damasco: el Gobierno de Assad frente al terrorismo islámico. El presidente sirio buscaba legitimarse ante Occidente como el dique de contención de la marea integrista en el país y la región de Oriente Medio. Y el paso del tiempo, la debilidad de la oposición democrática y la fatiga acumulada le han ido poniendo en bandeja el escenario deseado.

Álvarez-Ossorio reprocha a la comunidad internacional, particularmente Obama, su pasividad ante la violación masiva y continuada de los derechos humanos por parte del régimen baazista, principalmente en los meses posteriores al estallido de la revuelta democrática. En ese punto, aún hubiera sido posible detener el descenso a los infiernos en que se despeñó el conflicto sirio. El inquilino

de la Casa Blanca puso entonces como línea roja el uso de armas químicas contra la población civil. El 21 de agosto de 2013, un ataque con gas sarín contra Guta, una zona residencial en las afueras de Damasco, provocó 1466 muertos, casi medio millar de niños. Todos los informes apuntaban a un acto criminal deliberado ordenado por Damasco. Las presiones para una intervención humanitaria inmediata se hicieron patentes. Pero la ausencia de un recambio fiable y la sombra del caos iraquí tras el derrocamiento de Sadam Hussein persuadieron a la administración estadounidense de no actuar.

La inhibición creciente de Washington permitió el dominio cada vez más palmario de Moscú, viejo aliado de Damasco desde que el padre de Al Assad alcanzara el poder en 1970 e impusiera un régimen de inspiración socialista tutelado por el antiguo bloque soviético. Estamos, por tanto, ante el otro vector que atraviesa de punta a cabo el tablero sirio: el clásico eje trazado por las superpotencias, que aquí, en Oriente Medio, encuentra un terreno geoestratégicamente vital de confrontación. Ese pulso lo está ganando sin paliativos la Rusia de Putin, decidida a hacer valer sin complejos su poder regional y sus intereses militares, políticos y económicos en la zona. La batalla de Aleppo, resuelta a favor de la alianza sirio-rusa después de la publicación del libro de Ossorio, muestra a las claras la hegemonía sin contemplaciones de Moscú.

Sin la irrupción directa de Putin para sostener al tambaleante régimen de Damasco, Al Assad probablemente no hubiera podido resistir el derrumbe generalizado de casi todos sus frentes. Hoy ambos actores han consolidado sus posiciones y se encuentran en una situación favorable de cara a una eventual resolución política o militar del conflicto. Así lo certifica el autor en su trabajo de casi 200 páginas publicado en otoño de 2016 cuando la balanza aún no estaba tan claramente inclinada.

Rusia se ha encargado de boicotear sistemáticamente cualquier salida que no preserve la supervivencia de su peón en el Sham, como se conoce en árabe la amplia zona que incluye a Siria, Jordania, Líbano, Israel y Palestina. Todas las negociaciones de paz celebradas hasta ahora han fracasado, en gran medida, por el veto ruso y su determinación en no dejar caer a Al Assad. La correlación de fuerzas sobre el campo de batalla también sopla a su favor. No solo por la intervención directa del Ejército ruso en ayuda de Damasco, especialmente a través de ataques aéreos sobre líneas de combate decisivas, sino también por la colaboración activa de fuerzas militares iraníes y su aliado libanés Hezbolá, la experimentada guerrilla chií que lleva décadas hostigando la frontera norte de Israel.

Irán y Siria mantienen un estrecho acuerdo de cooperación bilateral desde hace décadas, intensificado por el pacto de defensa mutua firmado en el año 2006, según subraya Álvarez-Ossorio en su trabajo. Siria, y por extensión Líbano, que durante años fue de facto un protectorado del Gobierno de Damasco, son piezas de vital importancia regional para Teherán. Diversas fuentes evalúan en 5000 millones de dólares la inyección económica anual del régimen de los ayatolás a la administración de Bashar Al Assad. Tras el estallido de la guerra civil siria, Irán movilizó toda su potencia militar y financiera para apuntalar al mandatario alauí y

evitar su colapso. Lo hizo con la intervención directa de la Guardia Republicana, la fuerza de élite persa, y también lanzando a Hezbolá y a las milicias chiíes iraquíes a la primera línea de frente.

La contribución de estos tres brazos chiíes ha sido crucial para el sostén del Ejército sirio. Esta operación hay que evaluarla en el marco del proceso de realineación sectaria que vive la región tras el recrudescimiento del litigio Irán-Arabia Saudí y el creciente enfrentamiento entre ambas comunidades musulmanas. Irán es la gran potencia chií de Oriente Próximo. Esta corriente heterodoxa del islam cuenta con núcleos de población muy importantes en Líbano (27 %), Siria (11 %), Bahreín (70 %) e Iraq (65 %), que, tras la caída del sunní Sadam Hussein, vive un cruento conflicto interreligioso que prácticamente ha partido al país en dos mitades.

Iraq es, por tanto, hoy un país bajo la órbita de los ayatolás iraníes para desgracia de Arabia Saudí, quien, al menos, intenta denodadamente recuperar a Siria para el campo de la ortodoxia sunní. La batalla por la supremacía religiosa se libra a cuerpo descubierto. Álvarez-Ossorio contabiliza en 65 000 los combatientes chiíes sobre el terreno procedentes de Irán, Líbano, Iraq, Afganistán y Pakistán.

Cada vez más, la conflagración civil se está precipitando en cierta medida hacia una disputa encarnizada entre los grupos yihadistas sunníes, particularmente Daesh, y las milicias chiíes. Unos y otros se deslegitiman como grupos heréticos que se desvían de la correcta senda del profeta. Arabia Saudí patrocina claramente a Ahrar al Sham y el Ejército del Islam, dos milicias salafistas que defienden la doctrina wahabista oficial en la petromonarquía de Riad. El wahabismo es una corriente rigorista que reclama la vuelta a los orígenes del islam y su aplicación estricta en todos los órdenes de la vida. Repudian todo signo de modernidad y rechazan el modelo democrático y secular de Occidente. Su visión fundamentalista del islam se ha extendido en las últimas décadas con enorme fuerza en el mundo árabe y alimenta ideológicamente gran parte de los grupos islamistas radicales. Tanto Daesh como Al Qaeda y sus variantes regionales, aún a pesar de profesar la doctrina salafista, combaten al régimen saudí por su alianza con Estados Unidos y su laxitud religiosa.

¿Y los Hermanos Musulmanes? Cuando la Primavera Árabe brotó con fuerza imprevista en 2011, la tradicional cofradía islámica estaba prácticamente desaparecida, víctima de la saña con que el régimen la fustigó durante décadas. Los Hermanos Musulmanes sirios fueron sometidos a finales de los setenta y combatidos duramente hasta la masacre de Hama de 1982, cuando una insurrección popular desencadenó una represión brutal con consecuencias dramáticas. Algunas fuentes elevan a 20 000 las personas asesinadas. Aquel suceso laminó a la organización islamista del suelo sirio.

Con la revuelta de 2011, algunos líderes exiliados abandonaron la clandestinidad y se integraron en la coalición de fuerzas de oposición con el firme compromiso de contribuir a la construcción de un estado pluripartidista, democrático y que garantizara la separación de religión y poder civil. Al menos, desde un punto de vista formal, la hermandad musulmana, tan influyente en otros países del entorno, adoptó en Siria una posición moderada y alejada de las propuestas

teocráticas de grupos islamistas radicalizados. En ese sentido, los Hermanos Musulmanes podrían jugar un papel catalizador del movimiento islamista como pista de aterrizaje democrático de yihadistas. Su predicamento político en Siria, en todo caso, es aún una incógnita a despejar.

El libro de Álvarez-Ossorio incluye dos mapas y cuatro cuadros, que reflejan la correlación de fuerzas entre los grupos de combate más importantes de la guerra civil siria. Aunque el dominio militar de cada contendiente está en continua variación, las infografías ayudan a componer una fotografía aproximada del control territorial de los actores y su capacidad de movilización armada. En todo este material gráfico se observa con detalle la excesiva fragmentación del tablero sirio y, por tanto, la complejidad de su interpretación y el reto que representará encontrar una salida militar o política a la encrucijada siria.

El profesor de la Universidad de Alicante concluye su esclarecedor trabajo evaluando el gigantesco coste humanitario de la guerra civil. Al medio millón de muertos y 75 000 desaparecidos, hay que sumar la devastación física del país y el hundimiento a plomo de la economía con consecuencias desoladoras para las condiciones de vida de los habitantes que aún resisten en el territorio. El éxodo provocado por los combates no tiene precedentes desde la segunda guerra mundial. Más de 6 millones de sirios han abandonado el país para huir de la muerte y buscar un horizonte de supervivencia para sus familias. 2,7 millones han sido acogidos en Turquía, el país receptor por excelencia. Jordania y Líbano suman 1,6 millones, mientras que Iraq, con 240 000, y Egipto, con 115 000, completan un panorama sombrío.

Otro millón de refugiados buscó en Europa su tabla de salvación y desencadenó una de las crisis políticas y morales más profundas de la historia contemporánea del continente. La Unión Europea no supo dar respuestas a este colosal desafío humanitario, en abierta vulneración de los tratados internacionales que obligan a los estados a asistir a los refugiados que huyen de la persecución y la muerte. En el vergonzante acuerdo con Turquía para la devolución de miles de ellos, la UE se dejó parte de sus principios éticos vertebradores.

Siria. Revolución, sectarismo y yihad, de Ignacio Álvarez-Ossorio, es un manual de obligada lectura para quien busque las claves de una de las encrucijadas de nuestro tiempo. Aquí las encontrará.

Aristóteles Moreno Villafaina, periodista.